

092. San Pío X

Muchos Santos han desfilado ya por nuestro Programa. Pero hoy lo va a hacer uno querido de verdad: el Papa San Pío X, que abrió el siglo veinte con un pontificado inolvidable.

Había muerto el gran Papa León XIII, el de la cuestión social, de los obreros y de los estudios, que había levantado el prestigio de la Iglesia a las mayores alturas. Pero se deseaba un cambio profundo en orden a la pastoral. Y Dios proveyó a su Iglesia de un pastor verdaderamente conforme al Corazón de Cristo.

Ya próximo a morir, Pío X deja un testamento que se abre con unas palabras célebres: *Nací pobre, he vivido pobre y estoy certísimo de que moriré pobre.*

Esta afirmación responde a la realidad de toda la vida de José Sarto. Hijo del alguacil de un pueblo campesino, el niño recibe unos zapatos para ir a la escuela, y, para que no se gasten, se los quita al salir de casa, camina descalzo, y los usa sólo en la clase... Así empieza la vida del futuro Papa. *¡Nací pobre!...*

Ya Sacerdote, durante nueve años es Vicario en una parroquia del campo; otros nueve, Párroco Arcipreste en otra parroquia de pueblo; nueve más, canónigo y profesor del Seminario; siempre nueve, Obispo de Mantua; nueve también, Arzobispo Patriarca de Venecia y Cardenal. Así, con buenas matemáticas, de nueve en nueve... Por eso, bromeaba el Patriarca: *¿Qué harán de mí cuando acabe los nueve de Venecia? ¿Papa?... ¡Y Papa lo hicieron!*

Aunque el cónclave de 1903 resultó dramático. El Cardenal Sarto no quería aceptar en modo alguno. Suplicaba, lloraba, cuando veía crecer los votos a su favor: *¡Sepan que no aceptaré! ¡Yo no valgo! No soy más que un Cardenal rural. ¡Piensen en otro!* Los Cardenales opinaban todo lo contrario, y se decían: *Tanta humildad, éste hombre es un santo, y un santo del pueblo, un verdadero pastor...* Su amigo el Cardenal de Milán —hoy Beato Ferrari— le dice: *Sepa que negarse a aceptar es resistir a la voluntad de Dios.*

Sarto cede por fin, y dice con lágrimas en los ojos al tener el máximo de votos: *¡Acepto el pontificado como una cruz!* Al elegir a su Secretario de Estado, el famoso Merry del Val, que por humildad tampoco quería ese cargo tan alto, le dice el Papa: *Juntos trabajaremos y sufriremos por la Iglesia.*

Y ya tenemos Papa a José Sarto, el Papa Pío X. Pronto se gana todos los corazones. Su nobleza y su humildad, su sencillez y su lealtad, que se transparentan en una cara campesina sin doblez, hacen exclamar ya en la primera audiencia al Cuerpo Diplomático: *Pero, ¿qué tiene este hombre, que atrae tanto?...*

Para su atención personal y servicio en la Casa Pontificia, tiene sus tres hermanas, que hace tiempo dejaron el campo para atender a su hermano, Obispo, Cardenal, y ahora Papa. Según una costumbre de tiempos ya pasados, se le presenta un Monseñor con la petición de costumbre: *Santo Padre, ¿qué título quiere para sus hermanas? ¿Marquesas...?* El Papa se pone serio, y corta: *¿Títulos de la nobleza? No tienen ni quieren otro que éste: Hermanas de Papa.* Y con el Papa vivirán pobres. En su testamento dejará esta cláusula: *Dejo a gusto*

y juicio de mi sucesor que entregue a mis hermanas las cien mil liras que me entregaron para ellas, a fin de que no queden desatendidas.

Ahora, a trabajar. Piensa mucho. Y, sobre todo, reza mucho. No tiene prisas. Con su Secretario de Estado —joven, noble, elegante, gran diplomático, y santo también— se traza un plan de reforma interior de la Iglesia.

Empieza por una cosa al parecer tan simple como el canto en las funciones del culto. Cultiva el canto gregoriano. Comenzaba así la reforma Litúrgica de la Iglesia, que culminará con el Concilio Vaticano II.

Después, viene el decreto revolucionario de la Comunión diaria. Desde hacía tres siglos casi, por causa del malhadado jansenismo, las almas tenían miedo de comulgar y lo hacían sólo de tarde en tarde.

El Papa Pío X abre las puertas del Sagrario todos los días, y la Comunión volvió a ser, como en la primera Iglesia, el alimento diario de los fieles. ¡Los millones de Comuniones que se deben a San Pío X!...

Sigue otro decreto también revolucionario: los niños no deben retardar la Primera Comunión. Que la reciban apenas tengan uso de razón. Y empezó por el ejemplo. Poco antes de ser Papa, ve a un niño que aún no tiene los cinco años:

- ¡A ver, lindo! ¿Quién está en la Santa Hostia? Y el pequeño, espabilado: -¡En la Santa Hostia está Jesús! Entonces, a la mamá: -Traígamelo mañana, que le doy la Primera Comunión.

Pío X es el Papa del Catecismo. ¡Hay que ver cómo se empezó a estudiar el Catecismo por todos los niños de la Iglesia, con resultados sorprendentes! Un caballero y gran cristiano, le consulta: *Santo Padre, ¿en qué puedo trabajar por la Iglesia?* Y el Papa, sin más: *¡Enseñe el Catecismo!*

El Papa hace codificar tantas leyes como estaban dispersas durante siglos, y nace de ahí el Código de Derecho Canónico por el que se rige la Iglesia universal...

Funda el Pontificio Instituto Bíblico, que dará un gran impulso a los estudios de la Sagrada Escritura...

Acaba con la herejía modernista, porque la fe debe conservarse dentro de la Iglesia en toda su pureza...

Imprime en el Vaticano una gran sencillez de vida, de modo que se chismorrea por fuera: *Este Papa no pasa de ser un buen cura de pueblo.* El Papa sabe de estos rumores, y comenta con humor: *¡No pueden hacerme mayor elogio! Esto es lo único que yo he querido siempre: ser un buen Cura, y nada más.*

El dolor por la Primera Guerra Mundial acabó con sus fuerzas y moría llorado por todos. No nos damos cuenta de lo que debemos a este querido Papa, el bendito San Pío X...